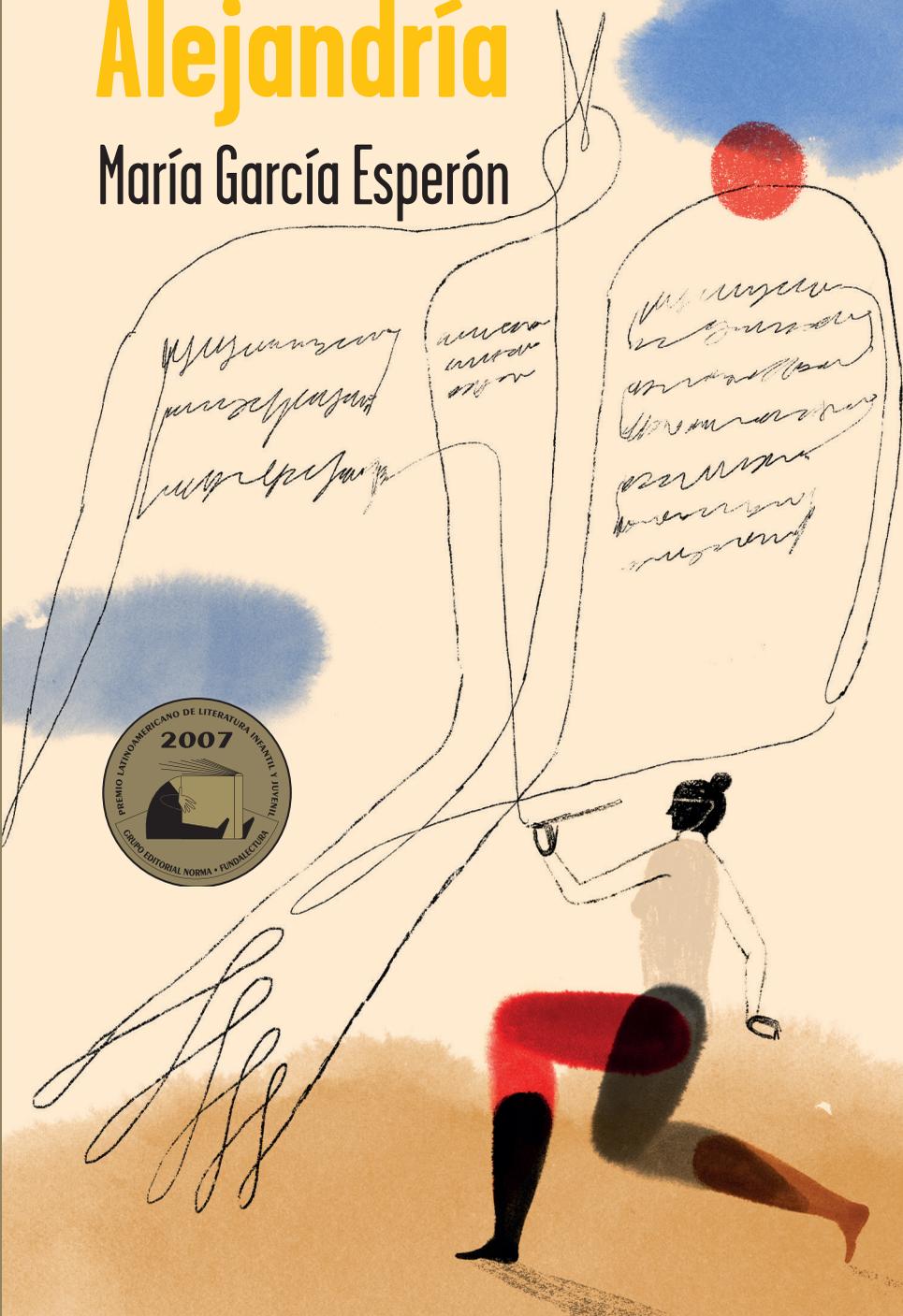


Querida Alejandría

María García Esperón

ZONA

LIBRE



Querida
Alejandría
María García Esperón



Querida
Alejandría
María García Esperón

PREMIO NORMA-FUNDALECTURA 2007



mx.edicionesnorma.com

García Esperón, María

Querida Alejandría / María García Esperón. Bogotá : Educactiva S.A.S., 2019.

146 p. ; 21 cm. (Zona libre)

Premio Norma—Fundalectura 2007.

ISBN: 978-607-13-0867-2

1. Cleopatra, Selene II, 40 a.C.—6 d.C.— Novela

2. Novela mexicana 3. Alejandría (Egipto) ^ Novela

I. Tít. II. Serie.

M863.6 cd 21 ed.

A1102470

CEP—Banco de la República—Biblioteca Luis Ángel Arango

D. R. © María García Esperón, 2007

D. R. © Educactiva S.A.S., 2007

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2019

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,

Benito Juárez, Ciudad de México,

C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: marzo 2020

Edición: Cristina Puerta Duviau

Diagramación: Sergio Salto Gutiérrez, Luz Jazmine Güechá Sabogal

Ilustración de portada: Armando Fonseca

Impreso en México – Printed in México

SAP: 61091435

ISBN: 978-607-13-0867-2

*La luna se oscureció al levantarse en
el poniente cubriendo su nocturno sufrimiento.
Porque vio su bello nombre, Selene, descender
sin aliento al Hades.
Compartió con ella la belleza de la luz y
mezcló su oscuridad con su muerte.*

Epigrama de Krinagorasis. Siglo I d. C.

Contenido

Alfa	11
Beta	35
Gamma	65
Delta	87
Epsilon	117
Postfacio	137

Alfa

Querida Alejandría:

Hoy cumplo catorce años y me han dicho que voy a casarme.

Te lo escribo con sencillez y con asombro.

Con la misma actitud yo escuché y acepté, esbozando una sonrisa y excusándome para ir a reflexionar a mi habitación, donde no hallé mejor manera de reflexionar que hacer realidad un viejo anhelo: comenzar a escribir mi vida en una carta inagotable con un destinatario excepcional, tú, mi ciudad.

Mi madre adoptiva, Octavia, su hermano Augusto y la esposa de este, Livia, me han llamado para decirme que no viviré más en la casa del Palatino, no tomaré más lecciones con el preceptor griego y, ya que soy hija de una reina, han pensado que el único consorte digno de mí es el hijo de un rey.

Los hijos de reyes que vivimos en Roma somos extranjeros.

Es irónico: a pesar de la nobleza de nuestra sangre, podríamos considerarnos esclavos, porque no somos libres.

Me explico, Alejandría. No debemos fregar los mosaicos de los atrios ni ir por agua a la fuente ni alimentar a los cerdos ni peinar a las matronas. Los esclavos y libertos hacen eso por nosotros. Pero no podemos ir a donde nos plazca, ni cambiar de residencia ni regresar a nuestra patria.

Roma nos tiene. Es nuestra dueña. Del mismo modo como se guardan en algunas casas nobles espléndidas panteras encadenadas.

Somos sus príncipes esclavos.

Cuando llegué a la ciudad del Tíber, con mi hermano gemelo, Alejandro Helios, y el bebé, Tolomeo, yo tenía diez años.

Mis hermanos y yo tuvimos que desfilar ante la multitud de rostro indistinguible, bajo un sol ardiente, arrastrando pesadas cadenas de oro.

Eso era un símbolo.

Egipto vencido, dominado y cargado de cadenas.

El... ¿castigo?, la ¿humillación?, no eran para nosotros, sino para nuestros padres... y ellos ya no existían.

Habían muerto, Alejandría, tú lo sabes... pero desde el primero al último de los romanos estaban

persuadidos de que, acodados en los miradores de la muerte, sus sombras entristecidas contemplaban su derrota y nos miraban caminar bajo una lluvia de pétalos de flores, caricia para los generales victoriosos, para nosotros, lluvia de incertidumbre, de zozobra y de espanto.

Si he de ser sincera, te confieso, Alejandría, que después del desfile triunfal de Octavio en las calles de Roma, donde debíamos representar el papel de vencidos y humillados cachorros egipcios, el trato que nos dieron los nobles romanos fue respetuoso.

Algunos miembros de la familia de los vencedores extremaron su simpatía hasta pretender sustituir, en nuestro afecto, a los padres que habíamos perdido y a nuestro hermano asesinado.

Y como he emprendido la vía de la sinceridad, también te confieso que el joven más noble de Roma, Marcelo, fue más cariñoso conmigo que lo fuera mi hermano mayor. Y que Octavia, la dama más encumbrada de Roma, hermana del *Imperator* y viuda ambigua de mi padre, derramó sobre nuestras cabezas más ternura que nuestra propia madre.

Pero vayamos por partes.

He querido verter sobre ti la catarata imparable de mis recuerdos.

Escribirte estas cartas que no han de cesar mientras viva, porque te extraño y sé que no volveré a verte.

Porque te extraño y sé que vas a desaparecer, que tus palacios han sido arrasados, tu faro se derrumbará, el cuerpo incorruptible de Alejandro será echado de su vitrina de miel y eternidad, y tus sabios y poetas se lanzarán de cabeza al mar, desesperados al constatar la muerte de su mundo.

Porque como te extraño, te sueño y reconstruyo tus calles y tus fragancias y los gritos de tus vendedores y tu lengua sorprendida en la encrucijada de los dioses. Te sueño y me fatigo porque tengo que inventarte y por un instante de felicidad intolerable te habito... y despierto y lloro sobre el recuerdo inasible del sueño. Y miro a través de la ventana y pienso que, más allá de los pinos de los bosques romanos y del mar Latino, está el Delta del Nilo y estás tú, egipcia y macedonia, faraónica y tolomea, lectora insaciable de tu propia biblioteca, ciudad hermosa, ciudad para siempre mía.

Tú sigue viva, Alejandría.

Hazlo por mí.

Y toma nota de cuanto de peregrino y sorprendente veas.

Yo te enviaré estas cartas y te diré, a veces susurrando y a veces llorando, en qué se ha convertido el mundo. Escríbelo tú, si puedes, en memoriosos rollos de papiro que enriquezcan tu sin par biblioteca. Cuéntalo a las mujeres en el mercado y a los estudiosos en tu museo, nárralo a los médicos y a las sacerdotisas de Isis, a los

carniceros y a los sastres, a los eunucos y a las doncellas. Cuéntales a los niños mi historia para que sepan que lejos de ti, que eres mi ciudad, mi cuna, mi madre constelada de perfecciones y bellezas, mi nostalgia..., tiendo puentes de palabras para nunca perderte, Alejandría, para construirte bajo otros cielos y otras temperaturas, para hacerte despacio, desde los cimientos y desde la entraña misma del sueño.

Y que ellos sepan que aun en el surco preñado de muerte puede levantarse la mata tierna y verde de la vida y que en las mismas callejuelas de la derrota, con un puñal suspendido sobre la cabeza, con el estigma de ser la hija de Cleopatra viviendo en la ciudad que aborrece su memoria, puede brotar el amor, que es un asombro y un privilegio y una realidad ineludible.

Te he dicho que voy a casarme con un príncipe.

Fue elegido para mí por mis protectores.

Los protectores que fueron enemigos de mis padres, la gran Cleopatra Séptima y Marco Antonio, el más amado general de los romanos.

Ellos –los enemigos– eligieron para mí un príncipe, sin saber que él y yo nos habíamos elegido antes. Mucho antes del desfile de la victoria, de la derrota naval de Actium, cuyas vicisitudes aprenden los niños en las lecciones de historia romana reciente.

Antes de mi nacimiento.

Antes de que César engendrara el sueño de Alejandro en el vientre de Cleopatra, sin saber que engendrabas para la muerte.

Antes... en un lugar sin tiempo o en un tiempo sin lugar, mi alma vagabunda encontró la tuya y en silencio aceptamos nuestro destino.

Un destino de dolor, vetado de esperanza.

Un amor cercado de puñales. Un increíble instante de belleza. Una belleza amenazada por la traición, por la venganza y la muerte.

Como tu belleza.

El príncipe que me destinan mis protectores, sin saber que ellos son los instrumentos del destino, es muy hermoso.

Más hermoso que yo.

Yo no soy hermosa, Alejandría.

Mi madre tampoco lo era.

(Pero todos creían que lo era, tan efectivo fue su sortilegio).

No me parezco a mi madre.

Soy el retrato vivo y femenino de Marco Antonio. Recuerda el mentón del general y su nariz de águila. Evoca su cabellera indómita y pon esos rasgos bajo un tocado de doncella romana y tendrás mi verdadero retrato. No poseo la feminidad hechicera de Cleopatra y, si te he de ser sincera, mi talante me asemeja más a las matronas de la antigua República que a la seductora Isis viva que

fue mi madre.

En cambio, un joven dios es el príncipe de mi destino, deseado por muchas damas romanas, tanto por aquellas que se las dan de ligeras como por las que se han construido una fachada de virtud.

Durante estos años él ha aceptado a algunas y desdenado a otras, no rehusándose a rendir tributo en el altar de Venus, pero guardando su mejor aliento para su pasión verdadera: el conocimiento. Tal parece que el mundo entero fuera un libro escrito en un lenguaje que solamente él puede comprender y que solamente a él reserva delicias y sorpresas. Es un filósofo metido en el cuerpo bellísimo de Alcibíades. Es un estatuario y bruñido arquero con ojos de noche intensa. Es una espléndida fiera de maneras patricias. Es un sufrimiento depositado como sacrificio en el altar de las maravillas del mundo. Una sensual noche africana envuelta en los serenos pliegues de la toga romana...

Imagino que sonrías y piensas que estoy enamorada como una loca. Que el niño Amor ha obnubilado mis sentidos y que me empeño en acarrear sobre la figura de mi prometido todas las perfecciones del orbe.

No es así.

Yo lo amo.

Pero no estoy enamorada.

Para estar enamorado hay que ser joven, o tener joven el espíritu, y aunque hoy cumplo catorce años soy

una anciana.

En catorce años he vivido varias vidas porque he transitado por muchas muertes. Un cauterio cruel quemó en mí la posibilidad del asombro para permitirme sobrevivir y cercenó en mi espíritu el enamoramiento inconsecuente o el flirteo despreocupado.

Te lo iré contando todo.

Poco a poco.

Amonedando los recuerdos, aunque duelan, de tal manera que los escuches derramarse sobre la mesa infinita de la memoria... como monedas que quisieran comprar un poco de olvido y un poco de sosiego y un mucho de esperanza en el porvenir.

Cuando leas estas cartas de desgracias y traiciones, de reyes niños asesinados y dioses rotos, de amor acodado en las ventanas de la muerte..., ten presente, Alejandría, que aunque comenzaré por el principio, te escribo desde el final.

Un final dolorosamente feliz o felizmente doloroso.

Un final que también es un principio, porque es una boda.

La de Juba, el último rey de los númidas, y Selene, la última Cleopatra.

*

De la boda, Alejandría, te contaré más tarde.

Para hablarte de mis esponsales debo serenarme y reflexionar... Son tantas cosas que han sucedido, tanto ir y venir de matronas apresuradas, las lágrimas contenidas de Octavia, la sonrisa fría de Augusto, la máscara indescifrable del rostro de Livia, el velo azafranado sobre mi cabeza y el ritual del rapto (pues Juba y yo nos casamos a la romana antigua)... que no ha habido en mi mente espacio para decirme a mí misma que en este instante soy la esposa de quien fuera un mimado joven de la sociedad romana y, en el presente, rey de Mauritania.

Por ahora, tengo necesidad de nadar hacia el pasado como si el tiempo fuera un plácido estanque donde se abren flores de loto y decirte que mi primer recuerdo tuyo se envuelve en las llamaradas violetas de un crepúsculo en los jardines del palacio de mi madre.

Mi hermano y yo teníamos tres años y, escoltados por nuestras niñeras, nos empecinábamos en deslizarnos bajo las colas sembradas de ojos de los pavos reales.

Basilio, nuestro eunuco, daba pequeños gritos agudos y sobrepasaba con su actitud protectora la actividad, ya de por sí sobreactuada, de las niñeras que temían ver castigado severamente en ellas cualquier accidente que sobreviniera a los pequeños príncipes confiados a su cuidado.

En Roma aprendimos a no mencionar a nuestro eunuco. Inexplicablemente para nosotros, al nombrarlo

provocábamos un cascabel de risas, como si hubiéramos contado un buen chiste. En Alejandría era común la presencia de esos esclavos que, privados en la más tierna infancia de su sexo, se convertían en los más fieles guardianes de los niños y de las doncellas. La historia de los Tolomeos podía hablar de más de un eunuco que con sus consejos agudos y experimentados era el verdadero poder detrás del monarca o de la reina en turno. Los hubo lúcidos y amantes de su pueblo y los hubo lúcidos y perversos. Diríase que la energía que los seres humanos destinan al amor es desviada en los eunucos hacia las intrigas de la política. Como el famoso Potino, que conspiró contra mi madre, Cleopatra Séptima, a favor de los hermanos de esta, Tolomeo y Arsinoe, y por esa causa fue asesinado por orden de César.

Pero ese no era el caso de Basilio.

Él había sido bendecido por los dioses con un talento afectivo orientado a la esfera familiar. Su devoción llegaba a tal punto que se hubiera dejado matar por nosotros sin dejar de sonreír y recomendarnos que bebiéramos nuestra leche.

Lo que finalmente ocurrió...

Pero no dejaré por ahora que la nube de la muerte ensombrezca esos minutos de oro y violeta en el palacio de Cleopatra, en el que rodábamos sobre la hierba y percibíamos el sol poniente a través del plumaje de los pavos reales y cuando, niños al fin, sin lenguaje todavía

para devanar las memorias que en esos momentos tejíamos, aguardábamos sin saberlo la llegada de nuestro padre.

Que era todo un acontecimiento, pues no lo conocíamos.

No había atestiguado nuestra llegada al mundo ni nos había levantado en brazos para reconocernos y hacernos genuinos a la manera romana, ni nos había hecho reír ensayando pueriles muecas con su rostro de soldado, ni había dejado que con nuestras manos de bebés tiráramos de sus negros rizos como lo habíamos hecho con la peluca de Basilio.

Nada de eso había ocurrido, porque cuando aún estábamos en el vientre de nuestra madre, la reina de Egipto, él había contraído romanos esponsales con una virtuosa dama romana, hermana de su romano enemigo, para garantizar una paz romana.

Él, Marco Antonio, enamorado de la reina Cleopatra de Egipto, había accedido a casarse con la noble Octavia, hermana de quien fuera designado por el gran Julio César en su testamento como su heredero: Octavio.

Octavio, el romano que tenía la mira puesta en Egipto y que se había jurado exterminar a la reina, a la que llamaba “Serpiente del Nilo” y a su descendencia. Principalmente a Cesarión.

Cesarión, nuestro hermano mayor, llamado más correctamente Tolomeo César.

El hijo de Julio César y la reina Cleopatra.

El único hijo de Julio César. Su verdadero heredero ante los ojos implacables del Hado. Aunque el gran patricio no hubiera mencionado al hijo de sus noches alejandrinas en su testamento, confiado al Templo de las Vestales en Roma, y que fue—ra leído por mi padre Marco Antonio ante el pueblo romano enardecido, a la vista del cadáver de César, apuñalado veintitrés veces por un grupo de romanos que se soñaron patriotas y se vivieron asesinos.

Por supuesto que esto no lo sabíamos, porque solamente teníamos tres años cuando vimos llegar a nuestra madre, radiante, vestida con una túnica hecha de hilos de oro, del brazo de un sonriente general romano, cuyas pisadas asustaron a los pavos reales y que riendo se arrojó sobre la hierba dorada del atardecer para revolcarse con nosotros como un león con sus cachorros, y hacernos cosquillas y hablarnos en un idioma que no comprendíamos todavía y levantarnos en brazos para hacernos sentir, ahora sí, príncipes herederos del mundo.

—¡Ni siquiera Basilio los ha mimado tanto! —dijo riendo mi madre y su sonrisa iluminó aún más, si eso era posible, su celebrada belleza.

Basilio se había apartado de la escena conmovedora, sintiendo que la llegada de ese padre exultante iba a robarle a “sus” niños.

—¡Cleopatra Selene! —me dijo Marco Antonio dibujando mis facciones con su grueso dedo índice acostumbrado a mandar a los ejércitos de Roma. ¡Cleopatra! ¡Serás la gloria de tu padre! ¡Ya brillas como la luna de Alejandría, sin mencionar, porque es obvio, que los dioses te bendijeron con mi mentón romano! ¡Alejandro Helios! ¡Te pareces a tu madre! ¡La misma nariz de los Tolomeos! Serás un Sol de Macedonia y Roma cuando te ponga tu primera coraza de guerrero. Pero, ¡toma! Si sois gemelos... ¿por qué sois tan distintos?

Basilio, que había pasado largas horas de estudio en la Biblioteca y era su fascinación el escrutinio de la naturaleza, se animó a aproximarse al general para explicarle que los gemelos pueden parecerse o no, si son univitelinos o bivitelinos porque...

—¡Por Baco! —lo interrumpió despectivamente el *Imperator*—. ¿Vamos a aburrirnos en este palacio con insulsas disertaciones? ¡Son Selene y Helios! ¡La Luna y el Sol! Si lo sabré yo, que además de engendrarlos en una soberana, les di nombres como no existen en el mundo. Los nombres de deidades gemelas suspendidas en el firmamento que se parecen y difieren, pero que, en conjunción, alumbran la gloria de Marco Antonio y de la reina de Egipto. De Diónisos y Afrodita, ¿te acuerdas, Cleopatra?

Nuestro padre, en esos momentos más locuaz que la reina, que parecía guardar sus palabras para escribirlas

en piedra de eternidad y no en la tela del viento, le dirigía una mirada que pretendía revivir la complicidad de sus amores, que fueron leyenda sensual y valiente en una ciudad valiente y sensual forjadora de leyendas, hasta verse interrumpidos por la partida del *Imperator* y su boda romana.

Marco Antonio gustaba de compararse con el dios griego de la embriaguez y los excesos, el coronado de pámpanos Diónisos. Cleopatra, por convicción, destino y en esos lejanos días juego, era la personificación de Isis, la Afrodita de Egipto, la sensual diosa del amor que es al mismo tiempo la protectora madre del infante Horus.

Demasiada mitología.

Más tarde pagarían el costo de haber pretendido encarnar los mitos pues, como enseñan los filósofos estoicos en el Museo, la muerte disuelve los átomos del alma y los dioses, aunque existen, muestran una felicidad ideal que no puede ser imitada.

Sin embargo, en ese jardín de la tarde dorada, Diónisos, Isis, Helios y Selene eran estremecedoramente felices y su felicidad poseía la naturaleza intensa y trémula de un rayo de luz o del aleteo de una mariposa.

Felicidad hecha en el tiempo y, por lo tanto, efímera.

Efímera sí, pero persistente, Alejandría, en tu recuerdo.

*